

Reflexiones del fin de siglo

Carlos Altamirano



TRIBUNA UNIVERSITARIA 18

Universidad de Concepción

Reflexiones de fin de siglo

CARLOS ALTAMIRANO

**Intervención en la temporada
de verano de la Universidad de Concepción.
Enero 1992.**

**EDICIONES UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
1993**



El Dr. Alejandro Witker presenta a Carlos Altamirano en el Auditorio de la Universidad de Concepción.

REFLEXIONES DE FIN DE SIGLO

Carlos Altamirano

En primer lugar debo presentaros mis excusas por no haber redactado mi ponencia por escrito, con la precisión y claridad que las circunstancias lo exigían.

Lamentablemente debí ausentarme de Chile cuando disponía del tiempo para expresar por escrito mis ideas acerca de los radicales cambios por los que transita el mundo y, también, como es lógico, mi propia persona.

Igualmente me adelanto a darles mis disculpas debido a la forma un tanto telegráfica con que os expondré mis ideas, para así ajustarme al tiempo que se nos ha otorgado. Ello necesariamente me hará parecer esquemático y, en no pocas ocasiones, haciendo afirmaciones sin la debida fundamentación. Pero he preferido esta opción, aún con los riesgos que ella conlleva, con tal de entregarles mi visión global del universo por el cual estamos transitando y en el cual, después de tantos y dolorosos abatares, yo me ubico.

Os hablo instalado en un pensamiento de izquierda, en el cual he militado mi vida entera, pero al igual que en la leyenda bíblica, no deseo transformarme en estatua de sal por vivir mirando hacia atrás.

Al revés de las intervenciones que me han precedido, mi punto de partida será el mundo. Será la gigantesca mutación universal en

la cual estamos inmersos y donde, lo que en Chile ocurra, sólo es y será una consecuencia de ello. Como habría dicho Toynbee, Chile no es un espacio histórico por sí solo inteligible y hoy día, agregaremos, no lo son ni siquiera civilizaciones tan fuertes y antiguas como las de Europa, China o India. Hemos ingresado en la "Era planetaria", y todo lo que ocurra en nuestros minúsculos "Estados Naciones" o, aun, en aquellos espacios de mayores y de más complejas dimensiones, sólo podrá explicarse a la luz de los fenómenos de ocurrencia universal. Los problemas de hoy o son de carácter mundial o simplemente no son problemas, cuando más, son anécdotas de la coyuntura local.

CRISIS O MUTACION

Mi primer postulado es de que no estamos atravesando por una simple crisis, por una crisis más, temporal y pasajera ni, incluso, por una crisis "Orgánica" de tal o cual sociedad. Estamos en presencia de una mutación civilizacional, de un cambio de época histórica, de magnitud y densidad sólo semejante a la iniciada en la pequeña latitud de la Europa Occidental, allá por los siglos XV y XVI, digamos 1492, cifra cabalística para los efectos de mi argumentación.

Los procesos y transformaciones originados en esta diminuta área de Europa Occidental, alrededor de los años 1500, fueron de tan enorme trascendencia como los que están emergiendo hoy, cinco siglos después, pero, esta vez, a escala planetaria. Y así como ocurrió con los hombres y mujeres, habitantes del 1500 de la era cristiana, e incluso de tres siglos después, del 1800, los cuales no supieron percibir la magnitud de esas transformaciones ni menos hacia donde ellas se orientaban, ni a qué nuevo tipo de sociedad, cultura o civilización ellas darían origen; así, también ocurre con las mujeres y los hombres del año 2000, quienes difícilmente podremos prever cuáles serán las consecuencias de los gigantescos procesos en curso.

¿Si el apocalipsis nuclear o el cataclismo ecológico? ¿Si la creación de la gran "Aldea Planetaria", humanizada y ecologizada, o la fragmentación en una multiplicidad de pequeñas unidades nacionales de precaria existencia futura?

Sin ninguna pretensión historiográfica y guiados exclusivamente por razones pedagógicas, me remitiré a la consabida y convencional división de la historia Europeo-Occidental en tres grandes épocas: la época antigua, la medieval y la moderna y, a ella agregamos nosotros la nueva época a la cual estaríamos transitando, la postmoderna.

¿Cuáles serían los signos, manifestaciones y acontecimientos fundamentales de estas tres últimas épocas, expresados, repito, de forma muy general e impresionista? Pero deseo previamente formular una pregunta: ¿podemos hablar con propiedad del paso o transición a una nueva era histórica? ¿Nos encontramos acaso en un cambio epocal? ¿O sólo nos enfrentamos a una grave crisis, a una crisis orgánica de la modernidad?

Para mí, ya lo he dicho, se trata de una mutación epocal, de una transformación civilizacional, de un salto cualitativo en la milenaria historia de la especie humana.

Recordaremos a continuación algunos de los signos más distintivos de cada una de estas tres épocas históricas.

En la época premoderna, esto es medieval, las sociedades se encontraban presididas por la idea de Dios, impregnadas por un espíritu religioso y gobernadas, en gran medida, por las normas y preceptos impartidos por la Iglesia Católica. La verdad había sido revelada por Dios, y era, en consecuencia, una verdad absoluta e inmutable. La legitimidad de los monarcas emanaba de la sanción divina. Los gremios y corporaciones de artesanos se normaban por principios religiosos donde era desconocido el afán de lucro, y prohibida la usura. El espacio territorial era el feudo. Los nobles y los siervos eran las dos clases fundamentales. El trabajo campesino

era la fuente de riqueza principal. La posesión de la tierra constituía un privilegio. Los hombres y las mujeres del medievo vivían y trabajaban para ganar la otra vida, no para enriquecerse en ésta. Y esa civilización romano-cristiana, de origen greco-judeo, no difería fundamentalmente en poderío militar, en riqueza cultural y en desarrollo económico, de las otras grandes civilizaciones contemporáneas: la de Mongolia, la China, la Turco Otomana, la Indú, la Azteca o la Incásica; ni entre ellas existían mayores vínculos o comunicaciones e incluso se desconocían.

Mil años de historia cristiana cumplía el occidente judeo-greco-romano -500 a 1500- cuando comenzaron a aparecer fenómenos y acontecimientos de diversa naturaleza y, también, se iniciaron procesos desconocidos de difícil percepción e identificación en aquella época.



El Rector Augusto Parra Muñoz comparte con Carlos Altamirano al finalizar su brillante exposición.

Indudablemente, la historia tantas veces repetida por la vulgata marxista no se dio en la realidad histórica concreta, sino en forma notablemente más compleja y contradictoria. Ni una clase, “la burguesía”, fue el exclusivo demiurgo de la historia moderna; ni “revoluciones armadas burguesas” pusieron fin a la época medieval de señores y siervos, y fundaron otra, de burgueses y proletarios. Ni fue la clase burguesa, apenas en formación, la que inventó una ideología apropiada a sus intereses, la ideología liberal. Todo ello fue producto de muy complejas interrelaciones, donde intentar precisar la causa primera o aislar el factor dinámico que desata el proceso de la modernidad, resulta particularmente difícil, por no decir imposible. Por ejemplo, si analizamos los acontecimientos y procesos estelares de aquella época, constataremos cuán diversos fueron sus actores políticos, sociales o individuales y cuán heterogéneas las alianzas celebradas entre ellos; así como diferentes y contradictorias fueron las intenciones que los motivaron. Tampoco sabemos si las revoluciones sociales ocurridas en la modernidad, principalmente en Francia e Inglaterra, marcaron el fin de una época y fundaron otra o sólo constituyeron momentos de extrema polarización en el desenvolvimiento de este proceso. Tanto el Renacimiento Italiano, pilar esencial en la iniciación de la modernidad; como el descubrimiento de América, producto del acuerdo de una monarquía premoderna con un intuitivo iluminado moderno, Cristóbal Colón; así como la reforma religiosa alemana, encabezada por un teólogo católico; o acontecimientos tales como la doble revolución: la revolución política francesa y la revolución industrial inglesa, constituyeron los hitos más relevantes del asombroso proceso surgido exclusivamente en la pequeñísima área occidental del continente euro-asiático.

Lo cierto es que este pequeño mundo inició, en torno a los años 1500, un cambio tan radical, profundo y sorprendente, que no sólo transformó sus propias sociedades, sino alteró para siempre las estructuras de vida de las sociedades de todas las latitudes del planeta terrestre.

En adelante, la razón, esto es la racionalidad aplicada a la política, a la ciencia y a la economía, vendrían a sustituir casi enteramente el lugar que ocupaba Dios en el medievo; la sociedad moderna se secularizaría; el Estado sería laico; la legitimidad la otorgaría el pueblo, el sufragio universal sería su medio de expresión y no la sanción divina; en adelante sólo serían "verdades" las demostrables por la vía experimental, las demás restarían legados de la superstición, de la brujería o de la magia premoderna; la cultura cristiana del estado feudal sería sustituida por la cultura burguesa laica del estado nacional moderno; se inventaría un nuevo modo de producir: el capitalista industrial, el cual desarrollaría las fuerzas productivas, en sólo 200 años, como no lo había logrado la humanidad en toda su milenaria existencia. La modernidad inventa la ciencia y la tecnología y éstas crean la máquina, la energía eléctrica y nuclear, las naves espaciales y penetra en los secretos biotecnológicos más ocultos de la vida. Se descubre el sistema democrático fundado en el sufragio universal y en el nuevo concepto de la soberanía del pueblo. El "feudo" se convierte en "Estado Nación"; la sociedad patriarcalista agraria en sociedad urbana industrial; el campesino en obrero y los nobles feudales en burgueses empresarios. Cambia radicalmente la razón de existencia de cada ser humano, habitante de estas latitudes y de esta cultura. En adelante se vivirá y se trabajará pensando en esta vida, para lograr éxito y bienestar material, para tener riqueza, poder y ser reconocido. *El espíritu de ganancia y el afán de lucro no sólo pasan a ser considerados virtudes legítimas, sino se constituyen, además, en el elam impulsor esencial de la potentosa y siempre cambiante dinámica capitalista.*

¿Y por qué estamos recordando este colosal proceso de mutación histórica iniciado allá por los siglos XV y XVI en el occidente europeo?

Porque a contar de esos tiempos comenzaron a surgir ideas absolutamente nuevas; modos de pensar en radical ruptura con los del milenio cristiano precedente; aparecieron nuevas estructuras

sociales, nuevas instituciones de gobierno, nuevas formas de organizar la sociedad; emergió todo un nuevo lenguaje: república, sufragio universal, ciudadano, opinión pública, derechos humanos, instrucción pública obligatoria, tolerancia, laicismo, ciencia y tecnología, fábrica, modo de producir en serie, liberalismo, socialismo, nacionalismo, fascismo, comunismo, feminismo, ecologismo y todos los demás ismos por los que han atravesado el arte, la música y la arquitectura.

¿Y cuáles habrían sido las grandes creaciones y logros de estos cinco siglos de modernidad occidental europea?

A lo menos me atrevería a destacar cuatro de las más altas cristalizaciones de la modernidad: la democracia, el industrialismo, la creación de una economía mundial y la revolución científico-tecnológica.

En consecuencia, y de acuerdo con estas ideas, sólo serían modernas las sociedades que hubieran logrado incorporar, a lo menos, estos cuatro grandes logros a su evolución. En mi opinión, cuando se utiliza y mitifica el término "moderno" por el pensamiento neoconservador en boga sin, por cierto, intentar definirlo, se está empequeñeciendo este complejísimo y portentoso período de la historia humana a hechos, fenómenos y acontecimientos subalternos de la vida contemporánea. En definitiva, para ellos, ser "moderno" se reduce a ser partidario de las "privatizaciones" o de los "equilibrios macroeconómicos" o de la "minimización" del Estado o de la "desregulación" de la economía.

El período de la modernidad ha constituido, a no dudarlo, el acontecimiento más profundo, revolucionario y vital, más cargado de potencialidades, dramáticas y felices, de toda la historia humana y, por lo mismo, no es para mí una novedad o sorpresa, el que diversos pensadores y ensayistas estén hablando del "Fin de la historia", del "Fin de las ideologías", del "Adiós al proletariado", del "Postsocialismo" o de la "Postmodernidad". Con ello y más allá de la verdad de las ideas expuestas, se estaría expresando la intuición

de que un tipo de mundo, de sociedad, de valores, de instituciones, han llegado al término de su ciclo histórico.

De que una historia específica estaría concluyendo y de que nos encontraríamos en el fin de una época y en los comienzos de otra.

¿Debemos preguntarnos si estas instituciones, estas sensaciones indefinibles, este espíritu dominante, corresponden o no a una realidad objetiva y tangible?

Mi respuesta es categóricamente afirmativa. Hoy, indudablemente, nos encontramos inmersos en los inicios de un proceso de cambio y transformación, tan radical y revolucionario, como pudo haberlo sido el de los siglos que dieron origen a la epopeya moderna.

Acudo una vez más a ejemplos simples pero elocuentes. ¿Por qué no sería posible comparar la hazaña de un Cristóbal Colón, descubridor de un "Nuevo Mundo", con la de un Gagarin, iniciador de la espléndida aventura cósmica del hombre? ¿O la de Copérnico y Galileo, fundadores de las ciencias "exactas" modernas, con la de Einstein y Plank, iniciadores de las ciencias "relativas" postmodernas? ¿O a Leonardo Da Vinci, genio del fin del medievo o bien iniciador de la modernidad, con Pablo Picasso, creador del fin de la modernidad o bien hito fundador de la postmodernidad?

LA POSTMODERNIDAD

Al usar el término postmoderno sólo pretendo enfatizar acerca de la radicalidad y trascendentalidad de los cambios de todo orden por los cuales estaríamos atravesando y que, a mi juicio, marcarían el fin de una época y el inicio de otra.

Sólo haré algunas reflexiones sobre los signos característicos de la postmodernidad. En la época postmoderna "la relatividad" será la noción y realidad central, así como lo fue la de Dios en los tiempos premodernos y la "razón", el concepto hegemónico clave

en el surgimiento de la cultura y sociedad modernas.

En la época postmoderna, "el relativismo" presidirá nuestras vidas, así como el de "una verdad absoluta, revelada por Dios", gobernó el medievo cristiano; y la verdad científica, esto es, demostrable experimentalmente, ha sido el núcleo central de la cultura burguesa. Todas las verdades, en adelante, serán más o menos relativas y, a los seres humanos, les será extraordinariamente difícil habituarse a convivir y coexistir en este nuevo mundo valórico. Ni siquiera las ciencias llamadas exactas, regidas por principios y leyes rígidas e inmutables, escapan a esta nueva situación. El azar, el caos, la casualidad están presentes en casi toda las nuevas teorías científicas. Hubo una "cultura cristiana" y a ella le sucedió una "cultura burguesa", y ésta, cada vez más, está siendo sustituida por una "cultura tecnocrática" de valores y visiones absolutamente diferentes. El cura, el burgués y el tecnócrata constituyen los protagonistas paradigmáticos de las tres épocas históricas.

Marx descubrió la categoría de "clase social" y su rol motor en la historia, al burgués, y al proletario. Pero ya estas categorías, en las grandes sociedades industriales, están perdiendo sus perfiles, rol y características. El individuo empresario, competitivo, austero, frugal, ahorrativo, innovador, de los siglos XVIII, XIX y primera mitad del XX, se halla en vías de extinción. Hoy es un colectivo técnico, una extendida y poderosa burocracia tecnocratizada, el que gobierna las empresas y dirige las 500 principales transnacionales del mundo. Y ese nuevo empresariado tecnocratizado carece casi por entero de las virtudes y calidades del viejo empresario endiosado por Sombart y Schumpeter. Y el proletariado industrial, descrito por Marx, actor insustituible para éste del cambio histórico, ha ido disminuyendo progresivamente, tanto en valores absolutos como en términos relativos y, lo que aún resta de él, en el mundo avanzado, es ya otra clase, absolutamente diversa de la que conoció y definió Marx y Engels. Esta exhibe otras condiciones de existencia, necesita de otras calificaciones y posee

otros valores de vida. A su vez, está siendo desplazada aceleradamente, en las grandes sociedades industriales, por el robot y la informática. El proletariado, llamado por Marx a la tarea prometeica de emancipar a la humanidad, está en franca y definitiva disolución. En los grandes estados modernos industriales la clase proletaria está muy lejos de pretender vanguardizar una revolución anticapitalista. Incluso en los países del tercer mundo semi-industrializado se han constituido en un estrato relativamente privilegiado, en una aristocracia obrera. En el primer mundo, en lo que aún resta del segundo y en el tercero, existen hoy enormes masas humanas de seres marginados, de cesantes, de excluidos, de lumpen urbano, de minorías discriminadas, de habitantes periféricos de las megalópolis, de una enorme multiplicidad de sectores y estamentos de clase media, difícil de definir, de tecnócratas y trabajadores altamente calificados.

En síntesis, y para no extendernos, hoy es más útil y "científico" el término de pobre, para referirse a las grandes masas humanas, que por diversas razones están postergadas, oprimidas, discriminadas y marginadas.

Estamos entrando en una era esencialmente tecnologizada y computarizada. El trabajo manual se ha ido reduciendo cada vez más, y no sólo el trabajo manual, sino, también, el trabajo intelectual del sector terciario.

Así, la vieja sociedad agraria, tradicional, machista y patriarcal, con un 80% de la población activa dedicada al trabajo en el campo, fue suplantada por la sociedad industrial, urbana moderna, con sólo un 3 a 4 por ciento de su población activa laborando en la tierra y, ésta, a su vez -la sociedad industrial- lo está siendo por la sociedad tecnológica, informacional postindustrial, donde el proletario fabril, en una generación, cuando más, ocupará una situación tan subalterna como la del campesino.

Hablamos de una nueva sociedad tecnologizada, informatizada o informacional, porque el componente de conocimiento científico-

técnico y de información ocupará un lugar aún más destacado en los procesos de producción y distribución. Si bien es cierto que el conocimiento tecnológico ha venido siendo un factor cada vez más decisivo en el sistema productivo de las grandes sociedades industriales, lo nuevo es el rol cualitativamente mayor del conocimiento científico-técnico en el crecimiento de la productividad. Esto nos lleva a pensar en la influencia creciente, crucial, insustituible de la ciencia y de la tecnología, de la calificación de la fuerza de trabajo, del técnico y del científico, en la sociedad postmoderna. Sin estos actores fundamentales y sin estas actividades cruciales -la de la ciencia y la de la tecnología, la del científico y la del técnico- no habrá salto posible a la modernidad ni menos aún a la postmodernidad. En las sociedades postindustriales, las actividades productoras de servicios, medidas, tanto en la contribución al P.N.B. como en el porcentaje de la población activa dedicado a ellas, es notablemente mayor (70%) comparado con el de las sociedades industriales.

Desde los grandes descubrimientos geográficos iniciados por españoles y portugueses en el siglo dieciséis, la expansión del modo de producir industrial, como en general las ideas, la cultura y las instituciones europeas modernas han llegado a dominar hasta los confines más remotos del planeta. Pero lo nuevo, en el paso de la modernidad a la postmodernidad, no consiste tanto en el grado de interdependencia de las diversas economías nacionales, sino en la constitución de éstas en un sistema mundial integrado, al punto de que, o bien se participa en esta economía global o simplemente se resta marginado del desarrollo económico. El castigo mayor en el siglo XXI para los países incapaces de incorporarse a la economía mundial no será ni la "colonización" ni "la explotación imperialista" ni la "dependencia", sino la "irrelevancia" como país.

La tendencia irreversible continuará siendo la integración gradual del ex mundo del "socialismo real", de China y, en general, de todo el área asiática y del Africa negra a esta economía mundial única, la cual, por lo demás, será por un largo período histórico de sello

capitalista. Las fronteras nacionales dejarán progresivamente de constituir líneas divisorias. La producción se ha deslocalizado, los capitales, la tecnología, las fuerzas de trabajo, la información y las comunicaciones difícilmente reconocen soberanías nacionales. La "sociedad planetaria" postmoderna está paulatinamente reemplazando a los "estados nacionales", fundamental creación de la modernidad, tal como éstos sustituyeron al "feudo" del medioevo cristiano premoderno. Las economías nacionales están dejando de constituir unidades "viabiles" y "sustentables" de desarrollo.

Por el momento, la transición a esta economía única, de carácter global y de signo capitalista, se está realizando a través de la creación de gigantescas estructuras económico-políticas, como las del mercado común europeo y las del tratado de libre comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, y la que inevitablemente se irá conformando en el futuro en torno a Japón. En la postmodernidad será muy difícil mantenerse al margen de uno de estos nuevos y colosales bloques económicos, políticos y culturales, que, por cierto, sobrepasarán con mucho al antiguo estado nacional moderno. Sólo se encuentra en sus albores la construcción de este gigantesco entramado que, en definitiva, ha de dar lugar a la formación de la sociedad planetaria postmoderna. Sólo una institucionalidad planetaria está en condiciones de dar respuesta a los grandes desafíos mundiales: los ecológicos, el desarme, la regulación de los mercados, las desigualdades, la extrema pobreza, el traspaso de tecnología, las corrientes migratorias, el terrorismo, la droga.

Este cambio epocal tendrá un carácter inevitablemente universal, a la inversa del de ayer, donde los inicios de la modernidad sólo tuvieron su origen y desarrollo en el diminuto ámbito del occidente cristiano europeo.

CAMBIOS EN EL MAPA GEOPOLITICO

Por otra parte, el cambio civilizacional, de dimensión universal, viene acompañado de trascendentales mutaciones en el área geopolítica. La bipolaridad y la guerra fría han concluido. "El viento del este" ha dejado de soplar más fuerte que el del oeste. La apelación a constituir "Dos, tres y más Vietnam", carece de sentido cuando el colonialismo ha terminado y el "socialismo real" se colapsó catastróficamente. Ni el "colonialismo" ni los "imperialismos" ni la "dependencia", que tanta sangre y explotación costaron a la humanidad, serán temas de la postmodernidad o lo serán bajo otras formas y en otros contextos. En cambio, sí lo serán: la probabilidad de un cataclismo ecológico; la posibilidad de un apocalipsis nuclear; las crecientes e intolerables desigualdades; la emergencia de un cuarto mundo; aun cuando este término sea todavía provisorio, dado que el segundo mundo desapareció y el "tercero" se halla en profundas transformaciones. Será necesario rehacer toda nuestra manera de pensar el mundo y habrá que inventar un nuevo lenguaje para dar cuenta de las nuevas realidades postmodernas. En menos de cinco años nos hemos encontrado con un cementerio poblado de "ex": ex URSS; ex Yugoslavia; ex Checoslovaquia; ex R.D.A.; ex campo socialista; ex "no alineados"; ex "segundo mundo".

A la inversa del pasado moderno, cuando se crearon los grandes imperios coloniales y surgió el imperialismo, en la postmodernidad, en cambio, el mayor problema no residirá tanto en el peligro de ser colonizados o explotados por las potencias imperiales, sino caer en la "irrelevancia", esto es, simplemente ser ignorados y olvidados.

En el próximo milenio, escenario de la postmodernidad, surgirán nuevos actores sociales, nuevas identidades continentales, se institucionalizará la "aldea planetaria" y la vía a la conquista cósmica se hará una realidad.



Carlos Altamirano en la Universidad de Concepción.

Veamos a continuación quiénes podrán ser algunos de estos nuevos actores de la dinámica mundial.

Por de pronto, ya se halla en marcha uno de los proyectos más audaces concebidos y emprendidos por el hombre: cual es el de construir una unidad de pueblos, fundada en el consentimiento libre y voluntario de éstos. Es el caso de los estados nacionales europeos, divididos, durante más de dos mil años, por crueles disputas y guerras incesantes; todos ellos dotados de riquísimas culturas y de fuertes identidades históricas. Del llegar a materializarse la magna obra, de crear los "Estados Unidos de Europa", una vez más, los europeos habrán dado cima a una noble e insigne creación humana, puesto que ella sería producto de la voluntad consciente del hombre y se hallaría fundada en la libertad y consenso de los participantes. Hasta ahora todos los imperios, colonizaciones, evangelizaciones y conquistas se habían realizado sobre la base de la violencia. Esta creación constituiría un hito demarcatorio crucial en la larga y fatigosa marcha de la humanidad en busca de

la unidad y de la paz.

Simultáneamente, con la construcción de este fascinante proyecto de unidad libre y consensual de países y culturas tan disímiles, se ha producido la desintegración y virtual desaparición de otro grandioso proyecto humano: la construcción consciente y planificada de sociedades sin clases, sin explotadores y sin explotados. Lamentablemente éste proyecto se fundaba en la fuerza, en la cohesión y en la violencia, y él fracasó. La historia ha quedado nuevamente abierta para doscientos ochenta millones de soviéticos; para cuatrocientos millones de habitantes de los países de Europa central; para mil doscientos millones de chinos y para no menos de doscientos millones de habitantes de diversos países de Asia, Africa y de Iberoamérica, que habían abrazado el proyecto histórico comunista. La trascendencia de la desaparición del bloque del socialismo real tendrá enormes consecuencias en todos los dominios humanos. Resulta prácticamente imposible hacer hoy una evaluación objetiva. No sólo los países, pueblos y movimientos políticos, sociales y culturales directamente concernidos por el colapso, sino también todas las naciones del resto del mundo deberán rehacer sus estrategias y repensar sus objetivos. Tanto en el plano moral, como en el cultural, económico y militar, la historia comenzará a reescribirse de nuevo y será en la postmodernidad donde este gigante colapsado encontrará su nueva identidad.

Creo necesario hacer un breve recuento de lo que esta dramática hecatombe geopolítica está significando para Europa, Estados Unidos, Asia e Iberoamérica. Ella exigirá nuevos realineamientos de fuerzas, enfrentar la reaparición de viejos y agresivos fantasmas de carácter nacionalista e integrista; pero también permitirá el surgimiento de nuevas ideas, esta vez libres del pesado fardo que imponía un sistema totalitario, que llegó a abarcar cerca del 40% de la humanidad. Indudablemente, por un largo período histórico quedará un enorme vacío político y espiritual, tanto en los países protagonistas del colapso como en sus antiguos "enemigos". Sin embargo, no comparto las ideas expuestas por Fukuyama en su

obra *El fin de la historia*, quien, reactualizando una idea de Hegel, piensa que este vacío será ocupado a nivel mundial y para siempre por la democracia liberal y por el sistema capitalista, conformándose, así, un nuevo mundo “universal y uniforme”. Me parece ésta una nueva visión milenarista y global de la historia y del mundo, agravada por el hecho de que sólo recién viene de derrumbarse una de estas ideas mesiánicas.

No sólo estamos presenciando la emergencia de estos gigantescos bloques continentales, destinados a recrear nuevos espacios culturales, económicos y políticos, sino, paralelamente, hemos visto desintegrarse el enorme bloque soviético, el cual ha dejado al descubierto un mundo, por el momento en proceso de fragmentación, con gravísimos conflictos étnicos y religiosos y en un estado económico deplorable. Pero no es menos cierto que ese riquísimo universo cultural y político irá reconstruyéndose de acuerdo a nuevas concepciones, las cuales no serán necesariamente liberales y capitalistas. Reaparecerán nuevas identidades nacionales y nuevos alineamientos políticos, aprovechando, de paso, una experiencia no despreciable de orden científico y tecnológico, muy superior al de cualquiera de los países del llamado tercer mundo. La desintegración de este mundo dista mucho de haber concluido y no resulta fácil prever en qué forma y de acuerdo con qué principios y valores él se reconstruirá.

Por otra parte, el motor principal del mundo capitalista, Estados Unidos de Norteamérica, también está atravesando por una grave crisis, casi hablaríamos de una “crisis orgánica”, puesto que alcanza a todos los dominios de la sociedad: a la educación, a la salud, a la infraestructura del país, a la seguridad, al endeudamiento público y privado, a la pérdida manifiesta de competitividad, y por sobre todo, a un profundo “desencantamiento” espiritual y a una seria pérdida de confianza en su “destino manifiesto”. Pero aun cuando se trate de una crisis temporal, lo cierto es que su liderazgo se encuentra seriamente desafiado por una Europa unida y, sobre todo, por los países asiáticos. No sólo se trata de los llamados

cuatro "tigres", también hay que considerar el enorme desarrollo experimentado por países como Malasia, Tailandia e, incluso, Indonesia. Pero sin lugar a dudas, un gran actor de la postmodernidad será China, que cuenta con la mayor población del mundo (1.200 millones) y la más alta tasa de crecimiento del producto nacional de los últimos diez años (10% anual). La importancia de China en Asia y el peso de Asia en el siglo XXI serán innegables. Sin embargo la modernización de China es aún incipiente y su sistema político, de no ser modificado, concluirá bloqueando toda posibilidad de desarrollo y de progreso.

Asia, en su conjunto, lleva ya varios años de crecimiento económico sostenido, lo cual nos permite pensar que la mayoría de esos países se encuentra en un proceso de irreversible crecimiento económico, de modernización de sus estructuras sociales y de decidida incorporación al sistema económico mundial. Legítimo sería preguntarse: ¿Cuál será la reacción de estas sociedades de culturas milenarias, al internalizar tecnologías, valores e instituciones occidentales? Y ¿cuáles serán las consecuencias para los equilibrios geopolíticos mundiales la aparición de un gigantesco polo económico, cultural y político en Asia? ¿Será acaso el siglo XXI el siglo de los asiáticos?

La denominación "tercer mundo" tuvo cierto sentido en la época final de la modernidad, cuando aún existían un primero y segundo mundo. Pero, en la postmodernidad, esta noción habrá perdido gran parte de su poder explicativo, puesto que, además de haberse colapsado el "segundo mundo", dentro del propio "tercer mundo" se están produciendo procesos y cambios de tal magnitud que invalidan en los hechos la vigencia de este concepto.

En primer lugar, la antigua creencia "izquierdista", que llevaba a negar toda la posibilidad de desarrollo a los países del tercer mundo, ha quedado definitivamente desmentida. La afirmación de un inexorable "desarrollo del subdesarrollo" carece hoy día de veracidad.

En segundo lugar, incluir a China en el concepto "tercer mundo" nos parece inapropiado, al igual que hacerlo con la actual Rusia o con algunos de los otros países ex comunistas de Europa central. India, además de constituir un universo distinto en sí mismo, también exhibe cifras de crecimiento no despreciables.

Los 4 dragones de Asia ya han abandonado lo que por inercia continuamos denominando tercer mundo.

Al respecto, se publicó en el diario "El Mercurio" un cuadro extraordinariamente revelador, del profesor de la Escuela de Negocios de Massachusetts, Arnoldo Hax, quien haciendo una comparación acerca del crecimiento económico de Chile, Taiwán y Corea del Sur, en los últimos veinte años, coloca, a modo de epígrafe, en su cuadro, la siguiente pregunta: ¿"Por cuál habría apostado"? y a continuación agrega: "Si se trata de determinar cuál de los tres países aparecía como el mejor encaminado a desarrollarse, en 1970 no cabe duda que Chile estaba en una posición más sólida que los otros dos. Pero veinte años después, la situación cambió radicalmente". Y a continuación el cuadro constata que Chile tenía un ingreso por habitante en 1971 de US\$ 990 y en 1990 de US\$ 1.940. Corea del Sur partía, en 1971, con US\$ 443 y en 1990 alcanzaba a US\$ 5.400. Taiwan, el más exitoso, US\$ 310 en 1971 llegó a US\$ 7.671 en 1990. Aun cuando pudiera decirse que el ingreso de Chile alcanza a US\$ 2.800 en 1992, indudablemente la distancia que lo separa de los dos "tigres" es enorme y si a esto añadimos el extraordinario porcentaje de valor agregado de las exportaciones de estos dos países, concluiremos en que ellos sí están transitando a la modernidad industrial. En América Latina, el crecimiento del P.N.B. de México y Brasil alcanzó, entre los años 50 y 80, un promedio de 7% anual el primero y un 8% al año el segundo. Portanto, no constituiría una exageración hablar de los "30 gloriosos años de México y Brasil". Hoy, aunque sea un período muy breve para emitir juicios fundados, Chile parece haber iniciado su "despegue", siendo por cierto inferior al de México y Brasil en los años mencionados y al de Taiwán y Corea del Sur

en los últimos 20 años. La llamada "década perdida", entre los años 80 y 90, distorsiona seriamente la imagen de crecimiento y modernización de Iberoamérica, lograda durante los 30 años precedentes. Pero aún más, entre las grandes mutaciones a que nos estamos refiriendo, debemos registrar el elocuente caso de México. México, visceralmente antinorteamericano, por historia, por cultura y por lengua, ha decidido su incorporación al "tratado de libre comercio" con Estados Unidos y Canadá, lo cual concluirá por integrarlo, quiéralo o no, en una lógica histórica muy opuesta a la que seguía hasta ahora. Y no creo sea este un caso excepcional.

Algo semejante está ocurriendo con países como Turquía y Marruecos. Dos estados de cultura islámica y el último de ellos, de etnia árabe. A pesar de una antigua historia de rivalidades y de opresiones coloniales, de guerras religiosas declaradas o larvadas entre islámicos y cristianos y de culturas tan diversas, han propuesto formalmente su incorporación a la comunidad cristiana-liberal del occidente capitalista europeo.

Lo anterior nos lleva a insistir en la aparición de una nueva lógica universal, donde el peso de las antiguas identidades étnicas y culturales se está resquebrajando y transformando en función de las nuevas realidades históricas postmodernas. Pero aún desconocemos la dirección esencial de este nuevo movimiento. Indudablemente, serán los espectaculares descubrimientos y avances en el campo de la ciencia y de la tecnología -del conocimiento humano- los que con mayor fuerza determinarán este cambio global y epocal. El siglo XXI será un siglo crucial en la historia de la vida humana. Es de tal magnitud el crecimiento de las fuerzas productivas y son tan gigantescas las potencialidades creadoras, pero, a su vez, destructoras del hombre, que cualquier tragedia podría acontecer, incluidos el del apocalipsis nuclear o ecológico.

No estamos asistiendo al "Fin de la Historia", como piensa Fukuyama, sino, todo lo contrario, al comienzo de una historia

radicalmente nueva. Historia en la cual tendrán una influencia determinante la inteligencia y la voluntad humana. La vertiginosa revolución en el dominio de la ciencia, esto es, en el conocimiento humano, continúa demoliendo todas las viejas certidumbres y los hábitos y costumbres tradicionales. Toda verdad ha pasado a ser esencialmente relativa y cambiante. Antes, podían transcurrir mil o cinco mil años sin que ocurrieran transformaciones sustantivas en los valores, en los comportamientos y en las instituciones humanas.

El llamado mundo occidental sólo habitó por aproximadamente un milenio en una misma cosmovisión religiosa y en el mismo tipo de sociedad, condicionada por esa cosmovisión, pero a contar -entre otros- de Copérnico, Galileo, Descartes, el cambio de velocidad de los fenómenos históricos ha sido abismal y, con posterioridad a un Einstein, el vértigo de las transformaciones en todos los dominios humanos se ha hecho aún mayor. ¿Cuáles serán las implicaciones filosóficas, culturales, políticas, sociales, económicas, estéticas y éticas de estos cambios? Extraordinariamente difícil resulta improvisar una respuesta, aunque ella no fuera sino de carácter provisoria, puesto que estos nuevos fenómenos y sus imprevisibles consecuencias recién están conformando la nueva conciencia universal y recién están dando lugar a nuevas y más potentes innovaciones tecnológicas y éstas, a su vez, recién están determinando nuevos comportamientos de vida.

El impacto que provocó el descubrimiento de Copérnico, y la confirmación posterior de Galileo, en orden a que no sería el Sol el que giraba en torno a la Tierra sino ésta alrededor del Sol, en otras palabras, que no éramos el centro del mundo ni del cosmos, como lo venía sosteniendo la Iglesia Católica, fue de tal naturaleza que se vio obligada a condenar a Galileo por hereje y sólo recién, tres siglos y medios después, ha intentado una tímida absolución.

¿Cuáles serán por ejemplo los efectos científicos y psicológicos de comprobarse la teoría del Big Bang como origen del cosmos? ¿O si mañana se confirmara, como será posible hacerlo en el curso del

próximo siglo, la existencia o no de vida humana en otro planeta?
¿Produciría ello, en el primer caso, un deseo incontenible de unidad entre los habitantes terrestres o en el segundo caso, una lúcida conciencia de pertenencia a una identidad única, original e irrepetible, como sería la de ser los únicos seres vivos pobladores del cosmos?
¿Y la teoría de la relatividad de Einstein, al igual que la del evolucionismo Darwinista, extrapoladas a otros dominios del conocimiento, no podrían conducir a un nihilismo social desintegrador?

Ya nos hemos referido a las palabras claves, que explicarían y caracterizarían las tres últimas épocas históricas del occidente europeo: Dios, en la premodernidad; razón, en la modernidad; relatividad, en la postmodernidad.

Uno de los mayores pensadores e investigadores de finales de la modernidad o, tal vez, de comienzo de la postmodernidad, viene de cuestionar radicalmente el concepto de tiempo. Ilya Prigoginir, Premio Nobel de Química, analizando la noción de tiempo en la ciencia, ha llegado a conclusiones absolutamente contrarias a la de la concepción clásica. La casi totalidad de los científicos de hoy, aparte de cuestionar la idea misma de "progreso", idea tan cara a la modernidad ilustrada, dan cabida a la intervención de nuevos factores como son: el "azar", el "caos", la "inestabilidad", la "relatividad" incluso en el dominio de las llamadas ciencias exactas.

¿Podrá el habitante común de la postmodernidad habituarse a vivir en la "relatividad", en circunstancias que recién viene de abandonar un mundo moderno fundado, para muchos, en los determinismos, en grandes teorías globales, en leyes históricas inmutables?

A lo más, dentro de cinco o seis años, estará conformado el mapa genético completo de todos los cromosomas humanos, según viene de anunciarlo Renato Dulbecco, quien trabaja en Estados Unidos en el proyecto "genoma humano". Como es de imaginarlo, este descubrimiento permite adentrarse en el secreto

mismo de la vida humana, abriendo posibilidades tan aterrantas como fascinantes.

Inevitablemente el hombre concluirá por habituarse a vivir en este nuevo mundo material y valórico, tal cual pudimos hacerlo en uno donde todo habría estado "en último término", "determinado", donde no cabía ni el "azar" ni el "imprevisto". En buenas cuentas nos hallamos en una situación semejante a la descrita por Prigognir en su símil de "la flecha del tiempo", donde, si bien sabemos cuál es el punto de partida de la flecha, desconocemos su punto y tiempo de llegada. Sin duda, la historia ni está escrita ni está determinada. La historia esta abierta, como lo afirma Poppers y como lo piensan los teóricos del caos.

Pero aún más, no se trata sólo de elucubraciones un tanto metafísicas. En el campo de la biotecnología se anuncian descubrimientos inquietantes. Las técnicas de fecundación "in vitro", del diagnóstico genético precoz; la colosal empresa científica destinada a descifrar la estructura y el funcionamiento del genoma humano, le abrirán perspectivas de dimensión existencial a la humanidad. No se trataría sólo de corregir potenciales anomalías en los genes del feto, en lo cual todos están de acuerdo, sino, incluso, de decidir sobre la creación de seres humanos con determinadas características, lo que ya se está practicando entre las especies vegetales y animales. El pretexto podría ser el deseo legítimo de mejorar la especie humana. Pero ¿quién podrá dictaminar sobre cuáles serían las características que permitirían mejorar al ser humano? ¿Estamos entrando acaso en un mundo faustico o demoníaco? No lo sabemos, pero, en cambio, sí sabemos que ya a la próxima generación le estará planteado el dilema real de poder modificar las cualidades del ser humano. Marx, importantísimo pensador de la modernidad europea ilustrada, llamó a transformar la sociedad humana. En la postmodernidad, un Marx, aun más ambicioso que el de la modernidad, podrá no sólo intentar transformar la sociedad sino transformar directamente al propio ser humano.

EL SOCIALISMO Y LA POSTMODERNIDAD

El socialismo continúa siendo una noble y necesaria idea humana a realizarse en la nueva época histórica de la postmodernidad. En buenas cuentas, el socialismo ha pasado a ser una utopía postmoderna.

Las categorías explicativas, las elaboraciones intelectuales y las propuestas del socialismo, producto de la modernidad decimonónica europea, no sirven ya para construir el socialismo de la sociedad postmoderna, tecnologizada y planetaria.

Más propiamente, las categorías de Marx y Engels, en que se han fundado e inspirado las izquierdas de este siglo y del siglo pasado, en Europa, América, África y Asia, han perdido gran parte de su capacidad explicativa. El carácter pretendidamente "científico" de la teoría marxista; la categoría de "clase" y de "lucha de clase" como "motor de la historia"; la "revolución armada", fundadora de la nueva sociedad y la "violencia" "partera de la historia"; el "proletariado", prometeo emancipador de la humanidad, la estructura "determinando" la superestructura; la socialización de todos los medios de producción; la planificación centralizada y burocrática; todos estos conceptos, ideas y categorías, han perdido su capacidad para dar cuenta de las grandes transformaciones en curso.

El socialismo sólo puede ser concebido como un gran movimiento de la historia, como un largo y complejo proceso de reformas graduales, semejante al que culminara en la doble revolución: la revolución económica inglesa y la revolución política francesa; en el industrialismo y en la democracia. Berstein tenía razón cuando proclamaba: "El movimiento es todo, el fin no es nada", en radical contradicción con Lenin.

El socialismo concebido como ruptura violenta de la historia pertenece al pasado. El socialismo postmoderno conservará sólo como un referente al marxismo. El socialismo del siglo XXI deberá ser necesariamente integrador, integrador tanto de idealidades

diversas como de prácticas políticas diferentes. Sólo concibo al socialismo como una feliz síntesis de las grandes ideas del siglo de la ilustración, como también de principios y prácticas surgidos en la premodernidad medieval cristiana; sumando a ello, por cierto, los propios valores y doctrinas aportados por la cultura socialista desde comienzos del siglo pasado.

El socialismo de la nueva época asumirá sin ambigüedades la democracia como sistema de organización social. Hará suyo la máxima de Jauré: "La democracia es un mínimo de socialismo y el socialismo es un máximo de democracia". En esta forma el socialismo recuperará su esencia libertaria y su potencialidad emancipadora.

El socialismo de la nueva época histórica deberá elaborar otro concepto de desarrollo, donde el crecimiento económico sea sólo una parte de una concepción mucho más amplia del desarrollo. Desarrollo social, desarrollo cultural, desarrollo intelectual y moral. Para un socialista simplemente no puede haber desarrollo si éste se logra con injusticia social y con devastación ecológica. De esta manera, el socialismo de las sociedades postmodernas mantendrá íntegramente el valioso aporte histórico hecho por éste a la modernidad: el concepto y la exigencia de "justicia social" y, a él, deberá agregar el irrenunciable imperativo ecológico.

El socialismo deberá mantener su inspiración universalista, por no usar el desprestigiado término "internacionalista". Pero deberá armonizar esta vocación con la necesaria defensa de la multiplicidad de culturas y tradiciones nacionales. La riqueza de la postmodernidad residirá en conservar y armonizar la pluralidad de realidades fundadas en culturas e historias diversas, con la tendencia histórica en curso hacia la constitución de una sociedad global y planetaria.

El socialismo de las nuevas sociedades tecnologizadas e informatizadas deberá dotarse, con mayor razón que nunca, de una gran propuesta ética de vida. La afirmación de Marx: "La religión es el opio del pueblo"; la de Lenin: "En el marxismo no hay un átomo

de moral"; o la de Althusser: "El socialismo no es un humanismo", correspondió al clima dominante de una época específica y pasada, donde el énfasis científico, racionalista y secularizador de la modernidad ilustrada aún permanecía en guerra con el pensamiento religioso, tradicionalista y conservador del medievo occidental europeo.

El socialismo así reelaborado no podrá fundarse en estructuras sociales en gran medida superadas por el propio proceso capitalista en su evolución de final de la modernidad. La clase proletaria se habrá reducido, en la próxima generación, a no más allá del 10% de la población activa, en las sociedades informatizadas. El proceso no será muy diverso al que ya experimentó el mundo europeo, quien inició este siglo con un 60% de su población dedicada a actividades campesinas y lo concluirá con un promedio no superior al 3% ó 4%. Las propias clases burguesas están también sufriendo grandes cambios y están siendo sustituidas por enormes y complejas tecnoburocracias y sus valores, indudablemente, tampoco serán los valores de las burguesías y de los empresarios individuales descritos y endiosados por Weber, Schumpeter y Sombart. Burguesía y proletarios han experimentado cambios cualitativos en su naturaleza de clase, en sus valores y en sus aspiraciones. En las grandes sociedades "informacionales" del futuro las divisiones sociales se aproximarán más a la antigua denominación bíblica de ricos y de pobres y no al esquema clasista descubierto por Marx.

El socialismo, tal cual ocurrió en el proceso del capitalismo, deberá convocar a todos aquellos sectores sociales que estén por cambiar el sentido y dirección de la actual dinámica histórica. Por eso, si bien deberá interpelar preferentemente a los pobres, a los marginados y excluidos de la sociedad; a las minorías; a los trabajadores en su acepción más amplia; a los intelectuales, en su comprensión Gramsciana; también deberá dirigirse al amplio y complejo mundo empresarial, actor insustituible en la mutación histórica en la cual estamos inmersos

Constituirá un imperativo ineludible para el socialismo postmoderno entregar sus ideas y propuestas concretas frente a los dos problemas mayores de finales de este siglo: el problema de las crecientes desigualdades. Desigualdad dentro de cada sociedad y desigualdad gigantesca entre los países del hemisferio norte y sur del mundo. Si bien, en las sociedades del norte hay a lo menos un 20% de seres humanos marginados del progreso, en cambio, en las del sur, el 70% está excluido de la presunta modernidad en que habita el 30% privilegiado. Parecido porcentaje se da en la distribución de la riqueza entre norte y sur del mundo.

Un segundo problema crucial: el ecológico. Este, a no mediar dudas, cubrirá gran parte del escenario del siglo XXI. Para Marx, la contradicción principal en la modernidad capitalista era la existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En la postmodernidad robotizada e informatizada, la contradicción mayor se producirá entre el arrollador crecimiento de las fuerzas productivas y el indispensable mantenimiento de los equilibrios ecológicos. En otras palabras, no serán las relaciones de producción fundadas en el trabajo asalariado las que impedirán el libre desarrollo de las fuerzas productivas, sino la imparable destrucción ecológica, la que obligará a concebir otra forma de desarrollo.

El socialismo postmoderno no podrá pretender fundar su acción de emancipación y liberación humana, objetivo esencial del mismo, en un solo actor social. Deberá, por lo mismo, construir un nuevo "bloque histórico", coherente con estas nuevas realidades nacionales y universales. En la postmodernidad deberá considerarse un hecho capital, cual es el giro radical que ya está experimentando en las sociedades modernas el "trabajo" y todo lo que dice relación con él. En los últimos 40 años, la hora de trabajo anual ha disminuido en la Europa capitalista, aproximadamente, entre un 20 y un 25%, en cambio, la producción ha aumentado en un 30%. Esta tendencia continuará. En Europa, simplemente se está renunciando a una política de "pleno empleo", antigua ambición del mundo keynesiano y socialdemócrata. Ahora se está intentando buscar otras fórmulas

para responder al colosal aumento de las fuerzas productivas, esto es, de la productividad. Está emergiendo en el horizonte de los grandes estados capitalistas un nuevo tipo de sociedad: "la sociedad del ocio". Constituye el más fuerte desafío en la hora presente, para esas sociedades, reprogramar la vida y la actividad humana, dado que el "tiempo libre" será muy superior a las horas de trabajo y esas horas libres deberán ser empleadas útilmente en mejorar la formación y cultura de cada cual, aumentar su calificación, ocuparlas en trabajos no directamente remunerados. Será la postmodernidad quien deberá resolver los enormes y complejos problemas derivados de la nueva y colosal revolución científico-técnica. El desarrollo de la biotecnología nos permitirá resolver el problema de la producción de alimentos. La posibilidad casi cierta de producir energía nuclear por fusión, esto es, de energía extraída del hidrógeno, abundante y económica, revolucionará todas las proyecciones del consumo de energía mundial. En las comunicaciones, sólo estamos en los albores de la revolución informática o informacional. Esta, no sólo uniformizará aún más a todos los pueblos y culturas del planeta, sino también introducirá una más radical transformación en las formas de producir, distribuir y consumir.

También se halla sólo en sus orígenes la fantástica aventura espacial. Si bien Cristóbal Colón nos permitió conocer nuestro mundo planetario, fundando con ello la modernidad, Gagarin nos anunció la postmodernidad, al adentrarse en el universo cósmico.

La tecnología del robot, fundamentalmente aplicada, por el momento, a la fabricación de autos y vehículos de transporte, se está ampliando y reemplazará con creces a la mano de obra en los más diversos dominios: hospitales, puertos, construcciones, limpieza de casa y ciudades. La informática, por su parte, está produciendo una verdadera revolución en el sector terciario: bancos, seguros, bolsa de comercio, compañía de aviación, instituciones del Estado, turismo, profesiones liberales. Estamos asistiendo a la más completa y masiva tecnologización de la sociedad y, paralelamente, estamos siendo devorados por un vertiginoso proceso de

deshumanización, desideologización, de desidealización, de desmoralización.

En parte, ello se explicaría porque la sociedad planetaria postmoderna se estaría construyendo sobre la base de un materialismo relativista, destituido de idealidades y de principios éticos. Si bien, una visión de la vida y del mundo fundada en una concepción relativista puede tener algunas ventajas sobre las visiones absolutizadoras, totalizantes, dogmáticas y utópicas, también ella ofrece un enorme riesgo y peligro, cual es la nihilización de la sociedad.

Por lo mismo, el socialismo del próximo milenio deberá participar prioritariamente en la creación de un nuevo humanismo. Hubo un humanismo cristiano que rigió aproximadamente por un milenio la vida y comportamiento de los habitantes del extremo occidental del continente euroasiático. Allá por los siglos XVI y XVII, especialmente en el siglo XVIII, nació un nuevo humanismo, un humanismo de carácter racionalista, laico y secularizador. Este humanismo, en lo fundamental de inspiración burguesa y liberal, produjo la "revolución intelectual y moral" más profunda y radical de toda la historia humana. Estableció una verdad tan simple como explosiva: "Todos los hombres nacen libres e iguales". Desde que esta afirmación fuera inscrita en la carta fundamental de la constitución norteamericana e inspirara la declaración de "Los derechos del hombre y del ciudadano" hecha por la revolución francesa, las mujeres, los hombres y los jóvenes de la mayor parte del mundo entraron en una poderosa dinámica de emancipación y libertad. Se inició el fin de las sociedades de órdenes y de privilegios; de discriminación entre blancos y negros, de subordinación de la mujer al hombre. Comenzaron los grandes combates por la independencia de los pueblos; las luchas sociales en contra de la explotación; las defensas de las minorías por sus identidades. No cabe la menor duda, las ideas racionalistas y humanistas laicas, surgidas en el proceso de la modernidad, despertaron enormes ansias y potencialidades de libertad y emancipación en todo el género

humano. Las iglesias cristianas habían predicado, más bien, el conformismo y la resignación. La postmodernidad necesitará, sin embargo, de un nuevo humanismo, capaz de enfrentar los nuevos caballos del apocalipsis que ya están asolando a la humanidad: la devastación ecológica; las grandes desigualdades; la racionalidad económica llevada a su extremo, los nacionalismos e integristas; la violencia en su estado puro adueñada de las megalópolis; la droga; el sida.

La izquierda postmoderna deberá reactualizar y revigorar su vieja aspiración "pacifista". La guerra, en la edad nuclear y en la época de la revolución informática y electrónica, cambia cualitativamente de naturaleza. Un esbozo de ella ya se dio en la guerra contra Irak. En ella no murieron más allá de 400 militares de los ejércitos coalicionistas anti - Irak, pero sí fueron muertos miles de miles de irakíes y devastado ese país. Por otra parte, la guerra entre potencias del primer mundo es inimaginable. Equivaldría a la destrucción literal de la humanidad en pocas horas. Las guerras en la periferia del mundo también estarán dotadas de una gigantesca capacidad destructiva y ninguna razón podrá justificarlas. En síntesis, las guerras serán demasiado caras en vidas y en bienes y los ejércitos costarán demasiado caros como para seguir haciendo guerras y manteniendo ejércitos.

Un fenómeno si bien presente en las sociedades modernas, pero que alcanzará todo su esplendor en el próximo siglo, será el de la emancipación de la mujer. Ningún otro proceso o acontecimiento ocurrido en la historia de la humanidad ha tenido un carácter más masivo. Toca a dos mil quinientos millones de mujeres, a la mitad de la humanidad. Ni el fin de la esclavitud ni la liberación de los siervos ni el relativo término de la explotación al trabajador han afectado un número tan vasto de seres humanos ni han provocado mayores y más profundos cambios en todos los dominios de la vida humana. En la procreación, en las relaciones entre el hombre y la mujer, en la participación de la mujer en todos los niveles de la sociedad, en la superación de groseras discriminaciones, de antiguos

atavismos, de viejas tradiciones patriarcalistas y machistas.

Resulta difícil de imaginar cómo los más grandes pensadores del siglo XIX, entre ellos, por cierto, Marx, y del propio siglo XX, no previeron ni apoyaron en su oportunidad este gigantesco movimiento de la historia, el más masivo y, tal vez, el de mayores repercusiones en la existencia humana.

Pienso, para concluir, que en lo fundamental persistirán dos visiones polares de la vida, de la existencia humana, de la historia. Una de ellas, que espero sea la visión del socialismo postmoderno, deberá estar dotada a lo menos de seis atributos esenciales: uno, crítica, esto es ni conservadora ni conformista; dos, pluralista, esto es integradora de verdades ideales y de mundos sociales diversos; tres, compleja, esto es ni simplificadora ni esquematizadora, de blanco y negro, de "amigos" y "enemigos"; cuatro, universalista, esto es colocada en una perspectiva mundial capaz de superar tanto el corto placismo como el provincianismo; cinco, consensual, esto es, en un mundo complejo, plural, de verdades relativas, deberá privilegiarse el acuerdo por sobre las decisiones autoritarias y unilaterales; seis, humanista, ésta es aquella que coloca al ser humano, de carne y hueso, en el centro de todas sus preocupaciones. La otra visión continuará siendo la conservadora, de corte integrista, elitista y esquemática, de carácter autoritario, provinciana y con un marcado énfasis en lo religioso y en lo militar.

SINTESIS

En síntesis, en Chile, en sus instituciones, en su economía, en el espíritu de la gente, hubo grandes cambios, los más, negativos; los menos, de signo positivo.

Chile, contrariando la versión oficial de las fuerzas políticas que apoyaron a la dictadura, no es un país que haya accedido a la modernidad, de acuerdo con los criterios históricos anteriormente expuestos.

Ni su sociedad es integralmente democrática; ni ha logrado un real crecimiento industrial; carece casi por completo de desarrollo científico y, en consecuencia, de una sólida preparación tecnológica; su inserción en la economía mundial, hecho extraordinariamente positivo, radica casi exclusivamente en la exportación de productos con muy escaso valor agregado; su infraestructura material exhibe enormes retrasos; su estructura social dista mucho de ser la de un país moderno; existen graves déficit en la educación y en la salud; basta sólo recordar los porcentajes de marginalidad y pobreza (40%); su cultura cívica es aún precaria, numerosos síndromes de la época del régimen militar pesan sobre ella; la presencia de las FF.AA., en la organización institucional del país y en su vida cotidiana, contradice la esencia misma de una democracia moderna; así como la incapacidad de las fuerzas conservadoras para ejercer una real hegemonía en la nación, lo cual los obliga a escudarse tras la tutoría de las FF.AA.

Sin embargo, el triunfo de la democracia ha abierto dilatados horizontes a Chile. Su ingreso hoy a una modernidad sustantiva, de acuerdo a los parámetros establecidos, es una posibilidad real y objetiva. Ello se debe al cambio cualitativo experimentado por el país, en todos los dominios, incluido el económico, producto del paso de un régimen dictatorial anacrónico y por definición antimoderno, a un sistema democrático, fundamento esencial de la modernidad, y como tal, observante del estado de derecho, de las libertades públicas y de los derechos humanos, de un desarrollo

económico con equidad social y respetuoso de los equilibrios ecológicos; agregando a ello la firme, digna y sólida reinserción de Chile en la comunidad internacional y en la economía mundial. Lo anterior sitúa al país en la senda cierta que lo conduce a una modernidad orgánica y no a una falsa modernidad, sustentada en eslóganes publicitarios ideologizados.

Cumplida esta etapa de modernización capitalista y democrática real, las puertas a una postmodernidad de inspiración socialista renovada están abiertas.

Por lo mismo yo me he definido, mitad en serio y mitad en broma, como un "antiguo socialista postmoderno". Para mí, el socialismo se encuentra aun en el futuro. El comunismo ha muerto; ¡viva el Socialismo Democrático!

Diseño portada: Taller Gráfico Universitario
Edita Tapia S.
Daniela Bancalari C.
Marco Hernández A.
Fernando Melo P.

Fotografía: Oficina de Comunicaciones U. de Concepción.

**Diagramación
e Impresión:** Gráfica Andes Ltda.
Santo Domingo 4593
Fono: 7733605 - Fax: 7736687, Santiago.